

# De Gaulle y a "Realpolitik"

Se está acentuando la indignación causada por el nuevo veto francés contra la admisión de la Gran Bretaña en el Mercado Común. Mientras Fanfani sugiere el retraimiento del Mercado Común sobre sí mismo, Holanda y Bélgica han decidido no asistir, hasta nueva orden, a las reuniones que celebrarán las Comisiones de la Comunidad. Por otro lado, ambos países han insinuado una posible rectificación de su política europea al margen del mercado. Se trata de la crisis más grave registrada en el seno de los Seis desde la firma del Tratado de Roma. Comentando todos aquellos acontecimientos, "Le Monde", de París, ha dicho que la "Realpolitik" tenía sus límites y sus peligros. El barbaquismo fue usado por primera vez por Hitler para justificar su política ultranacionalista. En función de ella, Alemania desarrolló una política egoísta y cínica que hizo la guerra inevitable. En circunstancias históricas distintas, De Gaulle desenvuelve una "Realpolitik", menos peligrosa ciertamente que la de Hitler, pero que impedirá la realización de una Europa unificada, fuerte e independiente.

Al margen de la política europea, el líder francés se han producido últimamente una serie de acontecimientos mundiales que nos indican hasta qué punto está dispuesto a "alterar las reglas del juego" en beneficio único y exclusivo de los intereses inmediatos de su país. Hace unas semanas se hacía pública la noticia de que Francia había vendido tanques último modelo a la Argentina y aviones supersónicos Mirage al Perú. Ambos países tienen frontera común con Chile y aunque en el momento actual las relaciones diplomáticas de los tres son normales, nadie sabe lo que reserva el futuro. Son recientes los incidentes surgidos entre Chile y Argentina por cuestiones fronterizas y Chile y el Perú han estado en guerra más de una vez. En todo caso, inmediatamente después de hecho público el anuncio francés Chile lo denunció como "una grave ruptura del equilibrio de fuerzas en la América Latina". Aquella decisión francesa puede estimular una carrera de armamentos que sólo servirá para comprometer el desarrollo económico de los países hispanoamericanos. El Brasil ha hecho pública ya su intención de aumentar considerablemente sus fuerzas navales.

En el instante en que se produjo el conflicto árabe-israelí, el Gobierno del gene-

ral De Gaulle, apoyándose en la neutralidad, prohibió el envío de armas a aquella región. El embargo sólo afectó a Israel, pues las armas de los países árabes eran de procedencia soviética. La decisión del Gobierno de París fue tan tajante que se canceló el envío de unos aviones, cuya compra había sido contratada con gran anterioridad, y que ya habían sido pagados. Al terminarse la guerra y al hacer Rusia nuevos envíos para suplir el material perdido por los árabes en su derrota, Israel volvió a insistir sobre la expedición de los aviones retenidos por el Gobierno francés. La respuesta fue otra vez negativa. Pero ahora se ha hecho pública la resolución quizá más cínica de la política gaullista: la venta de armas francesas al Estado árabe de Irak. Es decir, Francia se pasa simplemente de un lado a otro, Israel. ¿Por qué? Simplemente porque quiere arrancarle a aquel país una concesión para explotar una zona rica en petróleo. Es la "Realpolitik" con todas sus consecuencias.

Pero hay más. África del Sur constituye en el Tercer Mundo el odiado paladín de la discriminación racial. Con el "apartheid" la política anglosajona ha adquirido aspectos inhumanos que han herido la conciencia mundial. De Gaulle ha puesto su candidatura como jefe espiritual del Tercer Mundo, profeta de la emancipación de los pueblos subdesarrollados contra el egoísmo del Occidente capitalista. África del Sur, baluarte de la resistencia de Rhodesia contra la emancipación negra y base de apoyo del colonialismo portugués en Angola y Mozambique, quiere adquirir armas y las solicita del Gobierno de Londres. Se trata de un pedido tan considerable—500 millones de dólares—que podría alterar el déficit de la balanza comercial británica. Pero Wilson ha rechazado el ofrecimiento. Algunos ministros, "realistas" de su Gabinete, han presionado al jefe inglés para que aceptara la proposición sudafricana. Wilson, que no es precisamente el tipo del romántico soñado, ha considerado que su Gobierno y su país saldrían deshonrados de aquella sucia operación y provocó un movimiento de protesta en las filas de su partido, que ha culminado con una rotunda negativa. Francia está intentando la venta de aquellas armas al Gobierno del África del Sur y negocia secretamente la posibilidad de reemplazar a la Armada británica de la base de Simonstown.

# En treinta años han cambiado muchas cosas en España

Por ANTONIO FONTAN

El fin de año es algo más que una convención cronológica universalmente aceptada. Porque incide directamente sobre el más próximo de los misterios que envuelven la existencia humana: el tiempo y su terco e ininterrumpido transcurso a través de las tres hojas de ese calendario perpetuo de ayer, hoy, mañana, que están constantemente repasando los hombres y los pueblos. ¿Cuál es el sentido de lo que ha pasado ya? ¿Qué significa el presente? ¿Cuáles son los problemas y las soluciones, las frustraciones y esperanzas que nos reserva el porvenir?

Ahora, a fin de año, todos se lo preguntan. He aquí, a mi juicio, el proceso y algunas de las conclusiones de un análisis español de Nochevieja a estas alturas de 1967.

Bajo el habitual orden de nuestras calles y plazas se esconde una profunda inquietud que cada día alcanza a más extensos sectores. Son las minorías dinámicas de los ambientes estudiantil y obrero, los jóvenes intelectuales y periodistas que van engrasando progresivamente las filas del inconformismo, los profesionales de las generaciones nuevas, en quienes gana terreno la idea de hallarse en la hora undécima y que pronto habrá que empezar un nuevo día. Todo lo cual se proyecta sobre el fondo bastante común de una sociedad en la que pudieran producirse fácilmente las ilusiones en tareas colectivas.

¿Será verdad que nos hallamos ante un nuevo noventa y ocho, sin fe en el sistema de valores aparentemente dominante y sin ánimos para la tarea de darnos a nosotros mismos otro nuevo?

Pero, al mismo tiempo, es evidente que bajo la piel de España asisten otros factores, capaces, en principio, de promover un futuro constructivo. El país se halla relativamente tecnificado en relación con los niveles precedentes. La instrucción cultural y las preparaciones profesionales también son, en general, superiores a las de antes. La religiosidad en muchos ámbitos es más depurada y profunda, aunque—y quizá porque—el país está viviendo un sutil y continuo proceso de "secularizaciones" intelectuales y sociales.

¿Qué es lo que pasa en Espa-

ña? ¿Se lo pregunta bastante este pueblo nuestro, tan aficionado históricamente a interrogarse a sí mismo y a problematizar su propio ser y su destino? ¿Qué ha ocurrido con las ideologías rigentes hace sólo diez o quince años? ¿Cuál ha sido su evolución desde la aceptación de antes a la insatisfecha inquietud de ahora?

Para intentar una comprensión de toda esta realidad y de sus consecuencias presentes, habría que aproximarse al tema desde varias perspectivas distintas. Pero una de ellas—importante—sería la exploración de los cambios que hayan podido producirse fuera a una escala mayor que la de España y de su repercusión entre nosotros.

## TRES DECADAS ANTES

En los años treinta, cuando se echan los cimientos históricos y doctrinales de la situación política vigente en España, el estado del mundo y, en concreto, del inmediato ambiente europeo, era muy distinto.

Económicamente, los países adelantados arrastraban todavía las secuelas de la crisis del año 29. La potencia se medía por la capacidad de producción o por la extensión de los imperios coloniales, de ordinario explotados con criterios semejantes a los de los grandes propietarios rurales absentistas antiguos y modernos.

En Alemania y en Italia se habían instaurado los fascismos, con apoyo popular, como una reacción nacionalista y aventurera frente al fracaso político y técnico de unas democracias oligárquicas, socialmente ineficientes y a la consistente amenaza de la revolución extremista. Las democracias occidentales también sufrían un problema de conciencia: eran numerosos los intelectuales franceses o británicos que habían querido salvar su alma de la mentira política de las estructuras oligárquicas convirtiéndose al catolicismo o refugiándose en un idealismo revolucionario filocomunista. La mimesis fascista se extendió como una mancha de aceite no sólo por las zonas de influencia política alemana, sino mediante los partidos de este signo por el Occidente de Europa y en la forma más elemental de dictadura por la región balcánica.

Todo ello frente a la onda expansiva de la revolución roja de los días de Stalin y del Komintern, con sus partidos comunistas pendientes de unos hilos centralizados en manos de Moscú y ajenos en realidad a los problemas nacionales de cada pueblo. Cuando en algún momento enajaban las imposibles alianzas de la izquierda doctrinaria y los partidos revolucionarios, resultaba no haber apenas otro lazo de unión para una política común que el enfrentamiento con las fuerzas católicas y conservadoras, como ocurrió en la II República española y había sucedido en la tercera francesa.

La Iglesia católica recuperaba posiciones morales en la vida pública en un mundo que lustro antes le había dado la espalda. Es la era de los Concordatos en el orden de las relaciones de la Iglesia con los Estados europeos; de la Acción Católica organizada jerárquicamente a todos los niveles; en la promoción política de las democracias cristianas y de la tesis de la confesionalidad del Estado, salvo en aquellas—numerosas—"hipótesis" particulares en que no fuera viable; de la doctrina de los corporativistas—"quadregessimio anno"—o a media vía entre los individualismos y socialismos radicales.

## LA SITUACION DE AHORA

La realidad presente es tan distinta, que a veces hay que preguntarse si vivimos en el mismo mundo. El ambiente del decenio treinta se ha transformado hasta tal punto que es casi inimaginable para los hombres nuevos que no aciertan a concebir vitalmente lo que se lee en los periódicos y en los libros políticos de entonces.

La situación de ahora es hija de la ciencia y de la técnica y de hechos históricos irreversibles, como la derrota y extinción de los fascismos—que han resultado ser la planta más efímera del milenario jardín político de Europa—; de el redescubrimiento de los valores morales que se encierran en la concepción democrática de la sociedad; y—para los católicos—de la nueva luz con que la Iglesia ha iluminado los problemas del mundo y la actitud cristiana frente a ellos en los últimos años.

A la segunda posguerra mundial no siguió una crisis económica como a la primera. La ciencia y la política económica de hoy, los recursos del Estado moderno, la solidez norteamericana y la vocación social del Welfare State, han permitido evitar tragedias como las de la depresión del año 29. En el plano político-constitucional, la experiencia anglosajona y de la Europa occidental—con algunas correcciones relativamente menores del sistema en Francia, y con cierto margen, muy latino, de desorden y ruido en Italia—han probado la superioridad de las democracias sobre los regímenes totalitarios. Y una renovada reflexión de carácter toda suerte de cauteles.

humanista ha puesto de relieve los valores morales del sistema democrático en las dos dimensiones de lo personal y de lo comunitario.

Con todo ello, en los países que con unas u otras variantes formales se encaminan a la realización del Estado social de derecho, la revolución comunista no sólo pierde su justificación moral, sino el caldo de cultivo que le sería preciso para prosperar hasta el trío. En muchos de estos países ni siquiera es serio hablar de comunistas; en otros, donde hay partidos fuertes o nutridos o con importante clientela electoral, el comunismo ha de esforzarse por vestir un ropaje burgués y democrático, sólo para mantener sus posiciones. En las naciones de la Europa oriental, en las que impera como fruto de la victoria y ocupación soviética, necesita emplear la fuerza de la dictadura o relajar de algún modo los controles más inmediatos de la vida económica y social.

La evolución de la Iglesia—tan influyente en ambientes sociológica y culturalmente católicos como el nuestro—salta a la vista de cualquier observador. La Iglesia ya no se contempla a sí misma, en cuanto organización histórica, "a la manera de un Estado". Con lo cual ha venido a coincidir—y no por azar—el mutuo acercamiento de las confesiones cristianas y la superación, en la práctica, del furor antiteológico de las ideologías radicales, liberates o socialistas, cuyos abuelos habían padecido antes este mal. Queda tan sólo el dogmatismo anticristiano de algunas ligas o Asociaciones de librepensadores, sin gran alcance social, en tanto los Gobiernos y partidos únicos de las llamadas democracias populares. Pero hasta los partidos comunistas de Occidente desuelgan de sus panoplias ideológicas—por voluntad de coexistencia o mera estética, es lo mismo—las espaldas del anticristianismo.

Pensar o actuar en este mundo tan profundamente cambiado con las categorías mentales de los años treinta es un anacronismo que sólo puede conducir a la esterilidad o a la utopía.

Pero la cuestión se transfiere de un plano académico a otro propiamente político, cuando más delicado y más urgente cuando, como ocurre en España, se trata de adaptar a las nuevas realidades todo un sistema político, social y económico que se inició evolutivamente en el ambiente espiritual de la Europa de los años treinta. La posibilidad teórica de hacerlo es incuestionable para los hombres nuevos que no aciertan a concebir vitalmente lo que se lee en los periódicos y en los libros políticos de entonces.

La situación de ahora es hija de la ciencia y de la técnica y de hechos históricos irreversibles, como la derrota y extinción de los fascismos—que han resultado ser la planta más efímera del milenario jardín político de Europa—; de el redescubrimiento de los valores morales que se encierran en la concepción democrática de la sociedad; y—para los católicos—de la nueva luz con que la Iglesia ha iluminado los problemas del mundo y la actitud cristiana frente a ellos en los últimos años.



IGNORANCIA  
—Les he pedido a los Reyes Magos que mis papás tengan también un accidente.